

¿Una era de Espíritu o de materia?

Evangelio: Mateo 9:1-8: *“Habiendo entrado en la barca, Jesús pasó a la otra orilla y llegó a su propia ciudad. Entonces le trajeron un parálitico tendido sobre una camilla. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al parálitico: -Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados. He aquí, algunos de los escribas dijeron entre sí: -¡Este blasfema! Y conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: -¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil decir: "Tus pecados te son perdonados" o decir: "Levántate y anda"? Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar pecados en la tierra, -entonces dijo al parálitico-: Levántate; toma tu camilla y vete a tu casa. Y se levantó y se fue a su casa. Cuando las multitudes vieron esto, temieron y glorificaron a Dios, quien había dado semejante autoridad a los hombres.”*

“Porque, ¿qué es más fácil decir:
‘Tus pecados te son perdonados’
o decir: ‘Levántate y anda’?”

Cuatro hombres trajeron a Jesús un parálitico tendido sobre una camilla. Parece que la condición de este hombre era bastante mala. Ni siquiera podía pronunciar una palabra o pedirle algo a Jesús. En otras palabras, se encontraba en la peor condición humana, más cerca de la muerte que de la vida.

Considerando esto y comparándolo con otros milagros de curaciones que hizo Cristo a personas en mejores condiciones físicas, tenemos las expectativas de que Jesús le diga al paralítico: “levántate y anda.”

Sin embargo, todo el mundo se sorprendió de que Jesús haya ignorado la situación lastimosa de este hombre y le haya dicho simplemente: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.”

Es evidente que ni los portadores del paralítico ni la multitud esperaban esto de Jesús. Y es también evidente que Jesús dijo esto a propósito.

Él quiso destacar que, aún en la situación más peligrosa, el mayor peligro es el de tener un alma parálitica y no un cuerpo paralítico. El cuerpo es el sirviente del alma.

Es así como Dios instituyó la creación desde un principio. El hombre vivía en el paraíso sin pena ni dolor y todos los bienes estaban al servicio de su crecimiento espiritual y de su perfección. El hombre permaneció en este estado porque seguía en el camino de la perfección espiritual. Esta era la condición apropiada para el cuerpo y el alma puesto que aquel cuerpo noble era el recipiente correcto para la vida espiritual. Pero cuando el hombre se apartó del camino celestial que se le había abierto, y cambió el orden de las cosas, Dios permitió la existencia del dolor y del hambre y de todas aquellas cosas que nos hacen sufrir día a día. A través de este dolor y pena, el hombre es guiado hacia la perfección espiritual que concede la perfección corporal.

Cuando el cuerpo es dispensado de todo sufrimiento se convierte en el recipiente ideal del hombre

espiritual. Después de la caída del hombre, este cuerpo (el recipiente del hombre perfecto en su espiritualidad) paso a tener una condición esperanzada, después de haber sido una promesa en el paraíso. La perfección espiritual es lo más importante para el hombre. El cuerpo sólo puede ser un recipiente de honor o de vergüenza.

El orden de las cosas al principio sostenía la superioridad del alma sobre la materia y puso la materia hormonal al servicio del alma. Este orden fue claro y correcto.

Es por ello que Jesús, en presencia del paralítico, desafía con fuerza y hasta con violencia, la diligencia de la gente por cuidar de sus necesidades corporales. Y lo hace aquí, en una situación donde la necesidad corporal se hace urgente. Jesús destaca la superioridad del espíritu sobre la materia y por ello se preocupa por el arrepentimiento de los pecados y la curación del alma cuando el cuerpo necesitaba curación.

En nuestro tiempo necesitamos contemplar esta escena y aprender de ella. En nuestro tiempo debemos reconsiderar la posición de Cristo y su desafío al materialismo frente a la decadencia del espíritu.

Nuestra civilización actual está amenazada por la corrupción. Los cristianos debemos más que nunca aceptar el desafío de Cristo. Este desafío no implica anular las necesidades materiales importantes, estas son benditas. Este desafío consiste en acentuar la prioridad de las necesidades espirituales, pues si pedimos el Reino de Dios y su justicia, todo lo demás se nos dará por añadidura.

Un vistazo rápido a las características de la vida, su evolución y sus fines varios, nos muestra con certeza que “la sal está perdiendo su sabor.” Por ello nos preguntamos “¿Cómo podemos salar la vida?”

Nuestra civilización disminuye el valor del trabajo. El comercio es importante para beneficio propio. ¿Porqué comerciar? ¿Por recompensas humanitarias, o por beneficio material? ¿Por servicio o por ganancias? Notamos que la ambición por las ganancias está tomando el lugar de la voluntad de servir. El dinero mueve todo. El beneficio está por encima del amor. Tomemos por ejemplo la educación, una de las profesiones más nobles. Puesto que la educación no reditúa en gran manera, se ha vuelto una de las profesiones menos elegidas. El valor del maestro ha disminuido. Antes, el maestro era el educador y el padre. Hoy notamos la corrupción de estos valores. Los que aceptan esta profesión son los que no han tenido éxito en otro tipo de trabajos.

Si la educación es creativa y está orientada al servicio, es el trabajo más noble que un hombre pueda tener, pues revela la imagen de Dios en él. El hombre de hoy, sin embargo, parece estar controlado por el ansia de ganar. Hasta la misma creación es hoy controlada y comprada por dinero. Las corrientes criminales compran los poderes de creatividad. ¡Nuestros días se han vuelto así de raros! Hemos progresado más creando instrumentos de tortura que aparatos para la medicina. Nuestra civilización está amenazada por el desánimo.

Palabras como la amistad, la fidelidad, el sacrificio y el patriotismo se debilitaron en su significado y, a veces, llegaron a cambiar de sentido siendo remplazadas por una palabra: beneficio.

El hombre ya no vale por su personalidad, es un individuo en la sociedad y un número más en el grupo, vendido y comprado sin que sus características humanas particulares sean consideradas. El hombre es controlado, a menudo, por los poderes de la oscuridad cuyo criterio es el dinero. ¿Qué valor tiene el pobre en nuestra civilización? ¡Ninguno! ¿Qué valor tiene el parálítico y el enfermo? La respuesta es: hay que librarse de ellos.

Hay muchos ejemplos de sal corrupta. Y, al igual que su maestro, el cristiano, desafía esta corrupción. La perfección moral no pertenece solamente a la vida futura. La perfección espiritual es un viaje de desafíos en medio de las olas de la corrupción. Caminamos este camino con muchos esfuerzos, con vigiliias y oraciones, paso a paso. El cristiano es la luz del mundo y la sal de la tierra. Las corrientes de la corrupción no son los árbitros, sino los rivales de este desafío. Aún cuando sea difícil, la fuerza del maestro se perfecciona en nuestra debilidad.

El cristiano lleva el evangelio como sal para un mundo soso, predica la Palabra de Dios en un mundo cuya luz se ha apagado. El cristiano es quien define lo superior de lo inferior, poseer no implica tener en abundancia. El cristiano hace que las cosas retornen a su situación original, el espíritu vence sobre la materia en todo tiempo y en todo lugar. El cristiano es un brazo fuerte impulsado por la Gracia Divina para construir la era del espíritu con herramientas materiales.

Amén